

Un salón espacioso, ordenado, distinguido, cálido e íntimo, con afiches cinematográficos y diplomas adornando sus paredes, el escritorio de María Luisa Bemberg en la antigua casona de los Goñi, hoy convertida en las oficinas de su productora cinematográfica. Delgadísima, vestida en una gama de grises y azules, ella está en medio de la sala, dominando todo el espacio.

Es la directora que el 20 de octubre inició en el Blair Auditorium del Museum of Natural History, el Americas Film Festival de Washington, con su película *Yo, la peor de todas*. Y luego recibió, en una recepción ofrecida en el Castle del Smithsonian, la máxima distinción que otorga el Americas Film Festival Foundation, por su destacada labor y contribución al cine latinoamericano.

"No vayas a poner ningún artículo antes de mi apellido, porque no soy ninguna delincente, ni tampoco una vedette." Se recuesta sobre el sillón con los brazos detrás de la cabeza. No sonríe, pero sin embargo tiene cierto aire de niña traviesa. "Cuando era joven y viajaba como todos los argentinos por París, Londres, Nueva York, algunas veces Roma, sentía pasión por el teatro. Trataba de ver las puestas de Peter Brook, Giorgio Strehler o Bob Wilson. Estudiar con Lee Strasberg fue importante, pude tener otra visión de la escena. Actualmente estoy despejada del teatro, no me interesa."

Su voz se torna grave cuando intenta llevarla al pasado y se dulcifica cuando habla de aquello que le interesa, el cine.

"El pasado ya se fue y el futuro es un incierto camino a recorrer. Me parece más interesante hablar de mis historias. Yo soy una persona que está detrás de la cámara. Soy una narradora de cuentos. En realidad soy lo opuesto a Fellini, que dice: 'Invento mi pasado para tener la felicidad de recrearlo'. Yo no siento eso para nada. El pasado me agobia, me trae malos recuerdos. A estos los tengo metidos en un cono de sombra y considero que no aportan demasiado a mi presente. Alguna referencia hice a ellos

MARIA LUISA BEMBERG

La otra película

Texto: Beatriz Iacoviello

Foto: Roberto Ruiz



en *Miss Mary*, con esa niña, con esa casa muy grande donde prevalecían las buenas maneras y el poquísimos afecto, mucho protocolo y extrema indiferencia. En ese mundo yo era una niña imaginativa. Me evadía de la asfixia familiar con la fantasía. Me acuerdo que tenía una familia inventada. La madre era judía. ¿Por qué judía? Supongo porque intuía que las madres judías son sobreprotectoras. Eramos de clase media. Mi madre, profesora de matemáticas. Me gustaba que fuera una mujer articulada, competente, eficaz. No hay nada más preciso que los números. En cambio, mi padre era un artista, el primer violinista del Teatro Colón."

Sonríe, por primera vez en la tarde. Se acurraca en el sillón, bebe un sorbo de té y continúa.

"Esa era mi familia inventada, y durante años, mi hermana menor y yo llamábamos a ese cuento Switi. Nadie sabe bien por qué. Mi hermana decía a la noche: vamos, dale, contame un poco de Switi. Y cada noche fabulaba situaciones nuevas para hacer vivir a los personajes de esa familia. Mi insatisfacción me llevaba a pensar que en otro ámbito la vida podía ser diferente, más llevadera, donde todo no era cuestión de lujo, brillo y superficialidad."

Recuerda citas, creadores, personajes. Recorre vidas aje-

nas y propias, para retomar una vez más a esa cara oculta de las personas. A las máscaras de la sociedad. "Por suerte no tengo nada que ocultar. En mi caso el verdadero término sería esquivo. Existe una parte mía que funciona como los gatos, cuando alguien se acerca demasiado salta por la ventana y se va". Promedia la tarde y yano hay más té. Es el tiempo de las palabras artesana y artista.

"Artista es una persona sensitiva cuya percepción funciona como un radar. Posee antenas especiales para recrear su entorno, para dar testimonio, para que su existencia no pase sin dejar algún rastro. Particularmente es más afín con mi personalidad la palabra ar-

tesana, porque el cine es un hecho artesanal. Cuando todo terminó y me llevo en las lutas el alma de los actores y la de los personajes, comienza a vivir mi película. En ese momento nos encontramos con el querido y respetado Juan Carlos Macías, el compaginador, y decimos ¡Al fin solos! Nos sentamos frente a la moviola e iniciamos el montaje del filme. Parecemos dos bordadoras haciendo punto cruz. El montaje es el momento de máxima creatividad y el más artesanal del rodaje."

Se quita los anteojos. Detrás de ellos están escondidos sus profundos ojos verdes. Expresan pasión, amor, placer e ilusión por ese momento de aparición del filme.

"El montaje es hallar los mejores fotogramas y colocarlos en el lugar adecuado. Saber exactamente dónde empezar, dónde terminar, qué obviar, qué abreviar, qué suprimir. Todo funciona como un inmenso oído interno que indica cómo y dónde colocar las secuencias. Es apasionante. Creo que filmo para compaginar. Es uno de mis momentos de mayor felicidad."

El diálogo transita por los festivales en que va a participar *Yo, la peor de todas*, por su necesidad de descansar y divertirse. De pronto, abandona sus reflexiones en voz alta, se hunde en el sillón y con ternura dice:

"Soy muy mala abuela y lo declamo sin culpas. Creo que hay que tener sentido de las prioridades y para mí la número uno es el trabajo. Mis trece nietos tienen a sus padres, como mis hijos me tuvieron a mí... El no haber tenido una infancia lograda generó que procurara que la de ellos sí lo fuera. Quería que mis hijos fueran felices, que no sufrieran como yo. Por lo tanto colgué sobre sus espaldas una mochila para la vida en la cual puse un poco de rigor, afecto, consejos, formación profesional y amor. Todo contribuyó para que crecieran como arbolitos bien derechos. Ya están con ramas, sombras y frutos propios. Recién ahora entiendo aquello de plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Es una manera de no morir cuando muera". X

"Yo, la peor de todas", "Camila", "Miss Mary" son sus filmes más notables, que le ganaron un lugar particular como artista y como mujer. Mientras las recompensas le llueven, aquí se proyecta su película menos conocida: la de su propia vida.